

EL CARÁCTER INTEGRADOR DE LA HISTORIA EN LA FORMACIÓN HUMANA

por JOSÉ ANTONIO JIMÉNEZ LÓPEZ
Instituto Cervantes. Granada

1. *Introducción*

Quizá todos nos hemos tropezado en no pocas ocasiones con jóvenes estudiantes que con gran dosis de vanidad y celo nos dicen que ellos siempre han «odiado la Historia», pues se trata de una erudición libresca muerta y de escasa utilidad social; no tiene otra cosa que fechas y una serie de problemas aburridos que hacen considerarla con tedio y hastío, pues obliga a un irracional aprendizaje memorístico sin utilidad alguna para la vida del adolescente. Si bien esta actitud no carece de fundamento, lo cierto es que no denuncia en sí la ciencia histórica, sino una manera de concebirla, una metodología raquítica, un tipo de enseñanza que nunca excita la curiosidad ni la imaginación de los alumnos, y unos libros de texto que pretenden agradar a todos eludiendo estados de cuestión y centrándose en problemas de difícil resolución o en anécdotas triviales sin utilidad alguna, o que son medios para crear convicciones o perpetuar visiones del mundo caducas e interesadas.

Bien es cierto que existen otros muchos alumnos que, aunque muestran una actitud más abierta a los contenidos históricos, cuestionan igualmente su utilidad porque la consideran «un libro de contabilidades y desdichas de los hombres» o como dijo Napoleón: «la mentira en que todos estuvieron de acuerdo», pero en momento alguno tampoco se detienen a comprender esos volúmenes de «necedades y desdichas de los hombres», ni a descubrir de qué manera la Historia está cargada de vida, ni a separar la verdad y las mentiras que Napoleón refiere [1].

Si desde un punto de vista programático a la Historia incluso se le niega la capacidad de ofrecer otros servicios, sí al menos podría convenirse que despierta con facilidad el interés por su indiscutible atractivo. En efecto, en la evolución del comportamiento intelectual ante el conocimiento de la materia histórica abundan filiaciones de esta clase, pues antes del deseo de conocer la obra científica consciente de sus fines, subsiste el instinto predisponente. Pero, si la Historia la reducimos a un simple atractivo o divertimento y no tuviera otra justificación más, ¿merecería que hiciéramos tantos esfuerzos por estudiarla y menos aún por escribirla?, ¿qué es lo que legitima tal esfuerzo intelectual?. Es innegable que la ciencia histórica resultará incompleta si no nos ayuda a vivir mejor, y que limitarse a describirla mediante un discurso repetitivo y vulgar, sin crítica interna alguna tal como se viene haciendo hoy día por algunos sectores profesionales, será traicionarla un poco en sus expectativas educativa [2]. Se ha de aceptar cada vez más que los contenidos históricos no pueden reducirse a simples instrumentos para adquirir determinadas destrezas, ni que para el desarrollo de las capacidades y actitudes de los alumnos se ofrezcan experiencias o ensayos de una nueva historia que conduzca a la pérdida de identidad de la materia histórica.»Tal como la presentan algunos profesionales docentes —dice L. Suárez— parece justificarse cierta desconfianza, pues reducen la Historia a una especie de conocimiento subsidiario carente de autonomía, sin la cual es absolutamente imposible ser un saber total, condición indispensable para la afirmación de su propia naturaleza» [3]. En el mismo sentido, P. Vilar afirma también que «al paso que iban las cosas en la enseñanza primaria y secundaria se sustituiría la Historia por una mezcla de vulgaridades económicas, sociológicas y psicológicas» [4]. Es decir, se relegaría la ciencia histórica a compartimientos estancos especializados del pasado que nada sirven para la sociedad actual.

En los planteamientos sociales de nuestros días la Historia está perdiendo el prestigio del que gozó en otros tiempos. Entonces, ¿por qué deben estudiarla los jóvenes?, ¿por qué deben leerla o escribirla los mayores?, ¿para qué sirve la Historia?, ¿qué género de disciplina tratamos de ofrecer?. Los docentes tenemos la obligación de dar respuesta a estas interrogantes, de legitimar la ciencia histórica, y de rendir cuentas de su carácter formativo, pues la verdad es que si no nos ponemos en guardia se acabará por desacreditarla y se consolidará una profunda ruptura con nuestra tradición intelectual.

El autoconocimiento de la ciencia histórica es exigible como primer paso para una justificación plena de la Historia en ese proceso de definición. Puesto que se trata de una ciencia en movimiento, es mucho más importante exponer cómo espera conformarse progresiva-

mente el conocimiento histórico (como acreditación justificativa de su identidad) para conocer mejor la realidad histórica. Como afirma H. Stuart: «el objeto legítimo del conocimiento histórico es ayudar a la gente a comprender su situación haciéndole inteligible el pasado» [5]. Por tanto la Historia de la que hablaremos se caracteriza porque se ocupa de los hombres, de sus luchas y progresos y porque su finalidad es ayudarles a comprender el mundo en que viven para que le sirva de arma en sus luchas y de herramienta en la construcción de su futuro, con un mínimo rigor científico.

En este contexto, la Historia se ofrece al individuo como una esperanza, pues se trata de lograr que asuma reflexivamente las formas de vida y organización social, proporcionándole una visión crítica de la sociedad. Se trata, pues, de hacer de la Historia un instrumento de comprensión y crítica a los hechos por sí mismos, facilitándole la tarea de que juzgue por sí mismo y a que elija su camino conscientemente. Así pues, sin ella se vería privado de ciertos conocimientos intelectuales y morales que dan sentido y riqueza a su vida, y que en último caso amplían y enriquecen su propia experiencia. Gracias a la Historia le es posible conocer el pasado o el «sentido de lo pasado», y proveerle de unos moldes de pensamiento y de acción adecuados [6].

Pero como hoy aceptamos mucho más fácilmente hacer de la certidumbre y del universalismo una cuestión de grados, no sentimos ya la obligación de tratar de imponer a todos un modelo intelectual uniforme. Es de desear que los estudiantes se habituaran a reflexionar sobre estos extremos y sobre los perpetuos «arrepentimientos» de nuestro oficio de docentes de la Historia, pues sería la mejor manera de acercarse a una Historia cada vez más amplia y tratada en profundidad, que conduzca razonablemente sus esfuerzos.

Somos conscientes de la continua denuncia sobre la «miseria del historicismo», de la sutil hostilidad interna subsistente sobre el propio cuerpo de doctrina, entre una nueva concepción de la Historia en «formación», y un historicismo academicista; que hacer frente a tantos obstáculos e inconvenientes no es tarea fácil, pero hay que seguir trabajando en la elaboración de una ciencia que, desafiando los ataques y condenas de unos y otros, reafirme ante todo su carácter formativo, y que ayude al individuo a desembarazarse del peso de unas interpretaciones del pasado que actúan de lastre y dificulta su capacidad de comprensión del presente.

La sentencia expresada por Nisbert y Shucksmith de que: «el aprendizaje más importante es aprender a aprender» [7], parece llevar camino de convertirse en una de las preocupaciones dominantes de la educación escolar. Pero si aprender a aprender supone obtener infor-

mación sobre un tema determinado, conocer las reglas que pueden aplicarse a la resolución de un amplio conjunto de problemas más particulares, asimilar la lógica de las diferentes formas de investigación y los métodos que han logrado realizar descubrimientos, y cultivar una disposición habitual que sea intrínsecamente provechosa, entonces el modelo de profesor que se precisa hoy es aquel que se define por su competencia para la adopción de decisiones sobre el currículum, los estudiantes y la enseñanza en la clase, y que se esfuerce por detectar y proponer aprendizajes significativos, relacionando su actividad con el contexto social y la comunidad local para que el alumno adquiera y utilice los conocimientos científicos de una manera eficaz.

2. *Aspectos de la Historia como Disciplina Científica*

La ciencia histórica ha de ser algo más que la simple reconstrucción de unos hechos; ha de responder de continuo a un por qué, para así ofrecer un cuerpo de conocimientos elaborados del pasado, en adecuación con una metodología investigativa apropiada, porque proceso y producto proceso y producto no son fácilmente separables, así como método y resultados se afectan recíprocamente y forman un conjunto, cuya separación sólo puede resultar legítima a efectos de análisis y clasificación [8]. El historiador pretenderá con pertinacia aprehender cada proceso histórico en toda su complejidad y originalidad irreductible, sin desdeñar la búsqueda de regularidades, recurrencias, generalizaciones y leyes; su discurso ha de ofrecer una adecuación permanente entre los esquemas aprehendidos en el entorno próximo y las nuevas necesidades de ajuste con los problemas que ha de afrontar, toda vez que en todo momento ha de asumir el papel de interprete de la diversidad. En esta dialéctica específica, se hace necesario resaltar los aspectos o implicaciones que ofrece la ciencia histórica, explicables tan sólo desde la propia complejidad del conocimiento histórico. Estas hacen referencia a que:

— *La Historia es una ciencia comprensiva.* Una componente esencial de la naturaleza humana es historia. Como afirmaba el profesor Lee: «no podemos escapar al pasado, pues el pasado está presente en nuestra vida actual» [9]. En efecto, si algo define al hombre, a la sociedad humana, y lo distingue de otros seres vivos, es disponer de historia, pues lo que hoy es el hombre o lo fue en otro momento de su existencia, es fruto de una construcción, de una obra ininterrumpida en el tiempo. Si disponer de un concepto comporta a la vez conocer una regla y ser capaz de discernir casos concretos, en muchas áreas de

conocimiento, es el pasado el que proporciona los casos concretos; por ello, la primera exigencia de un docente de la Historia es preguntarse acerca de la concepción del mundo y la adecuación de la materia impartida a la cambiante realidad social, pues es ocioso obstinarse en mantener un discurso científico, enmarcado en una dialéctica uto-pía-realidad, que sólo suministra información que antes o después será estimada como inadecuada e impertinente. Hay quienes en vez de hablar de «causa» en Historia, aluden a la de «explicación», o «interpretación», o hablan de la «lógica de la situación» o de la «lógica de los acontecimientos», o si no rechazan el análisis causal trocándolo por el enfoque funcional. En efecto, la característica primordial del enfoque histórico es atribuir comprensión causal al mismo acontecimiento y analizarlo, estableciendo una seriación jerárquica de interrelaciones. A tal efecto, Huizinga concebía la Historia como la ciencia que «pretende comprender el mundo (...) tiende a comprender el sentido de lo acaecido anteriormente y la complejidad observable del presente histórico» [10].

La Historia, en cuanto disciplina, persigue el estudio racional, abierto y crítico del pasado, para lo cual emplea métodos científicos rigurosos de análisis e interpretación. No podemos evitar recibir versiones mediatizadas del pasado si no poseemos una educación histórica que nos permita realizar una revisión crítica tanto de los hechos como de las asunciones interpretativas incorporadas en dichas versiones. Se requiere, pues, reconocer la validez de la comprensión crítica y que cualquier comprensión o interpretación es revisable, porque de lo que se trata es de la «comprensión de la vida humana» que corresponde al dominio de la complejidad.

— *La Historia es una ciencia dependiente.* En efecto, la historia es la ciencia más dependiente lo que le confiere una peculiar grandeza que sólo es explicable desde la complejidad. Su aproximación a la realidad del pasado y a los intereses de la sociedad actual en aras a la originalidad y al servicio que presta a la humanidad, requiere una permeabilidad recíproca con otras ciencias sociales. Admitir que puedan contraponerse, como disciplinas separadas, una historia política, social y económica, es ignorar que ellas se condicionan estrechamente, ya que por sí solas no podrá fácilmente explicarse por qué y cómo evolucionan las sociedades humanas, pues el hombre no puede definirse aisladamente sólo por sus actitudes políticas, o sociales, o por su bagaje cultural o por su actividad económica. La Historia con toda la complejidad de su dimensión doctrinal tendrá, pues, que afanarse en ofrecer a los individuos información de «todos los hombres del mundo en cuanto se reúnen en sociedad y trabajan, luchan y se mejoran a sí mismos» [11]. Así se constituirá en herramienta para la comprensión

del presente y en arma poderosa para ayudar a los estudiantes a desembarazarse del peso de falsas interpretaciones que dificultan el ejercicio de su capacidad de construcción de su futuro. Esta permeabilidad favorece los intercambios, las renunciaciones mutuas, el reconocimiento del valor de las demás ciencias sociales, la construcción de proyectos coherentes etc. Sólo así la Historia adquiere su verdadero sentido, logrando trascender de una ciencia «dependiente» a una ciencia de «relación» total y dinámica.

— *La Historia es una ciencia dinámica.* Como toda ciencia, la Historia es al mismo tiempo un discurso coherente sobre el pasado (entramado conceptual que permite situar, ordenar y explicar los hechos históricos de forma que resulten explicables) y un conjunto de metodologías de investigación. El profesor Acton entendía la Historia «en tanto que devenir como progreso hacia la libertad, y la historia en tanto que constancia de los acontecimientos ocurridos como un progreso hacia la comprensión de la libertad: ambos procesos corrían paralelos» [12]. Ni que decir tiene que esa clase de progreso nunca avanza en línea recta, sin altibajos e interrupciones, sin desviaciones ni soluciones de continuidad, de forma que aún el giro más adverso no es por fuerza contrario a la convicción de la existencia del progreso mismo, si bien éste no significa progreso igual y simultáneo para todos. La historia inteligible es pues quizá tanto más necesaria cuanto que la Historia es un proceso en continua construcción; por ello para muchos jóvenes ya no es pura curiosidad o nostalgia del pasado, sino un deseo de conocimiento explicativo útil para el presente. Pero también muchos de los fenómenos particulares e incluso valores y actitudes («libertad», «racionalidad», «individualismo», «solidaridad», «sociabilidad» etc.) que informan nuestro actuar común de manera determinante, tienen un componente histórico indiscutible. Así nuestro conocimiento de la realidad presente exige inevitablemente un conocimiento del pasado.

La Historia, pues, comienza cuando los hombres empiezan a pensar en el trascurso del tiempo, no en función de procesos naturales, sino de una serie de acontecimientos específicos en que los hombres se hallan comprometidos conscientemente y en los que deben influir. Es la larga lucha del hombre, mediante el ejercicio de su razón, por comprender el mundo que le rodea y actuar sobre él. Pero el hombre no sólo se propone comprender y modificar el mundo circundante, sino también a sí mismo y esto añade una nueva dimensión en el carácter formativo de la Historia. En efecto, el estudiante escruta con esperanza en las etapas de la historia y a la vez sus aspiraciones y ansiedades. Desarrolla así su propia conciencia como ser que puede, no sólo pensar sino pensar acerca de su propio pensamiento, de modo que se

constituye simultáneamente en sujeto y objeto de pensamiento y observación. Así, pasado, presente y futuro están vinculados en la interminable cadena de la historia. «Nunca hasta entonces —dice Acton— habían buscado la libertad los hombres sabiendo lo que buscaban» [13].

Porque la comprensión del pasado es el entendimiento del presente y nos lleva hacia el porvenir. Es decir, viene de ayer y va hacia mañana, pues somos quienes somos por la carga de historia que nos ha hecho a todos, y si no comprendemos esto, actuaremos a ciegas en la vida y acabaremos por perder el control de nuestros propios actos. Actuaremos a ciegas en la vida si no comprendemos la aportación de los hombres que nos precedieron a través de sus ideas, sus observaciones, sus padecimientos y sus luchas. La comprensión crítica del presente por el pasado, pues, se hace comprensión dinámica.

Es hoy un conocimiento comúnmente aceptado que la prospectiva histórica no es sino la consecuencia de un conocimiento sistemático de esa ciencia del hombre en sociedad, moviéndose sin cesar, fluyendo en el tiempo. Es evidente que si un pueblo no ha comprendido su pasado y no sabe cómo y por qué ha llegado a ser lo que es, ese pueblo no podrá prever ni adoptar una actitud racional ante el porvenir. En efecto, la acumulación de las experiencias de la humanidad y el conocimiento de esas experiencias a nadie exime de la responsabilidad de su libre elección y de su libre opción, a nadie le libera de la comisión de nuevos errores o de reincidir en los viejos, pero sí advierte de lo que no hay que hacer; prevé las dificultades en lugar de ofrecer los medios preventivos, porque, sin previsión la vida misma se haría imposible, y toda previsión se basa en una experiencia histórica previa, por lo que sin la Historia, la sociedad humana nada sabría de sí misma.

Todo lo que observamos, analizamos y conocemos está en «constante movimiento» y éste afecta a las relaciones y conceptos por estáticos que nos parezcan. Existe pues la Historia y una conciencia de dicho movimiento que permite descubrir las yuxtaposiciones, las relaciones y los subterráneos que encierran lo simbólico.

La Historia es, pues, la ciencia que estudia «la dinámica de las sociedades humanas», la ciencia que «intenta abarcar globalmente, y en sus interacciones, todos los elementos que se integran en la dinámica de la sociedad. Es lo que P. Vilar ha venido a llamar «historia total», aunque tal vez fuera mejor calificarla como «historia integradora», ya que no se trata de realizar una síntesis universal de todos los elementos que definen la evolución de una sociedad, sino de partir de un terreno concreto, de un aspecto definido de la compleja realidad global aunque con la ambición de integrar en el estudio todos los elementos

que nos ayuden a comprender mejor al hombre y a las sociedades humanas.

— *La Historia es una ciencia de compromiso.* La Historia encierra una intención que nos pone en relación con la vida humana y con el compromiso que de ella se deduce. La Historia parece ser un proceso de intercreación, siempre en aumento, entre la comprensión consciente y la realidad [14], porque la Historia es conciencia del presente y compromiso concreto con la realidad concreta que le toca vivir a cada persona; es la conciencia personal que se tiene sobre los problemas reales que tiene planteados el presente, lo que determina la comprensión y el compromiso concreto. «Por todo ello a la Historia le es preciso apelar a la conciencia y consecuentemente al compromiso necesario para expresar las preocupaciones y respetos que limitan la actuación de los profesionales de la historia» [15].

Para el profesor Acton, la Historia debe ser quien nos libere, no sólo de la indebida influencia de otros tiempos, sino de la de nuestro tiempo, de la tiranía del mundo en que vivimos y de la presión del aire que respiramos. Aunque resulte ser una definición optimista del papel de la Historia, me atrevo a pensar que cuando se es más consciente de la propia situación, más capaz se es de trascenderla y mejor armado se está para aquilatar la naturaleza esencial de las diferencias entre la propia sociedad y la de otros períodos o países. Esta capacidad de elevarse sobre dicha situación social e histórica parece condicionada por la capacidad de discernir hasta qué punto se está vinculado a ella.

Puede descubrirse, pues, una correspondencia entre problemas, ciencias y compromisos e Historia [16]; esta posibilidad de correspondencia y la sucesión de las conciencias predominantes explican la existencia de las «historias» y «modas» en la investigación, los combates entre especialistas, las dependencias de otras ciencias sociales y el sueño de la historia total. Por ello a la Historia le es preciso apelar al compromiso necesario para expresar las «preocupaciones» y respuestas que limitan la actuación de los profesionales.

3. *La construcción del conocimiento histórico*

La Historia aparece en nuestro siglo como una ciencia en plena evolución, perteneciendo al pasado certidumbres o verdades incardinadas a la historiografía positivista. Sin embargo, este dinamismo conceptual no debe hacernos olvidar que muchos problemas históricos importantes siguen aún sin resolverse, y entre ellos el peso subsistente de la Historia tradicional en amplios sectores del profesorado; pero,

para aquellos otros que mostraron la firme voluntad de orientar su trabajo según patrones modernos, ciertos problemas prácticos, técnicos y de organización (alto costo de la investigación, reducción de los equipos de investigadores y la falta de entrenamiento de una gran mayoría de historiadores a la moderna investigación, por causa de una inadecuada adaptación de las enseñanzas universitarias a los cambios en los contenidos disciplinares) han llegado a constituir un obstáculo real. Consecuentemente, a los profesionales docentes de la Historia animan actualmente actitudes y corrientes muy dispares, y en ocasiones hasta contradictorias; percibir soluciones factibles, tendentes a salvaguardar la uniformidad del conocimiento histórico y de lograr una mejor aproximación entre la ciencia histórica y la realidad social, resulta ser una tarea harto complicada.

Pero como la Historia es una ciencia con vocación de globalidad, el contenido histórico que hemos de ofrecer a nuestros alumnos no podrá ser una simple suma de estudios aislados de demografía, economía, organización política, de cultura etc., sino un conjunto temático resultante de las mutuas interrelaciones con las demás ciencias sociales, con el objeto de averiguar cómo funcionan las sociedades del pasado para poder así entender la situación presente. Es así, como la ciencia histórica se constituirá en sólida esperanza para la sociedad, y en instrumento de comprensión y crítica, ya que le hace inteligible el pasado, le ayuda a comprender el mundo presente y le sirve de herramienta en la construcción de su futuro.

Al tratarse de una ciencia creemos que es muy necesario ofrecer, además de un cuerpo de conocimientos elaborados, un método de investigación sobre el pasado, pues proceso y producto no son fácilmente separables, así como método y resultados se afectan recíprocamente y forman un conjunto cuya separación sólo puede resultar legítima a efectos de análisis y clasificación. Por tanto, la enseñanza de la Historia no puede reducirse a la mera transmisión de conocimientos elaborados (cientifismo), ni tampoco a la enseñanza de los métodos utilizados por la Historia (didactismo). La ciencia histórica busca el conocimiento y la interpretación del pasado de tal manera que el estudio histórico sea a la sociedad lo que la reflexión sobre el pasado es a los individuos. En efecto, la Historia como cualquier otra ciencia no se puede construir a base de opiniones, o de convicciones personales gratuitas; el resultado final del conocimiento histórico ha de estar fundamentado en la relación causa-consecuencia, y demostrado por las fuentes documentales e historiográficas; de esta manera se logrará la verosimilitud y grado de certeza imprescindible en la reconstrucción del hecho histórico.

Por otra parte, los acontecimientos para la Historia nunca son meros fenómenos, sino que a través de ellos el historiador profundiza en el mensaje que contiene, los revive en el contexto de su propio conocimiento, infiriendo sobre ellos su propio juicio de valor como manifestación externa racional. Así pues, el conocimiento histórico es el conocimiento de lo que la mente ha hecho en el pasado, y al mismo tiempo, la perpetuación de los actos pasados en el presente. Por tanto, el interés por cada presente constituye el objetivo primordial del historiador y de acuerdo con él puede establecer una escala de valores que exige una reelaboración de la Historia a través de cada presente distinto. No es, pues, una simple evocación, sino un continuo interrogante que infiere procesos científicos de tipo analítico. Por ello, la comprensión científica de la historia es un objetivo en sí difícil de conseguir porque el devenir histórico no tiene una lógica lineal, sino que encierra en sí todas las contradicciones internas de los seres humanos, con todo lo que éstas tienen de insólito [17].

Así pues, la Historia es una ciencia en constante proceso de elaboración e interpretación de la realidad humana; un diálogo permanente entre el «ayer» y el «hoy» sin olvidar el «mañana». Toda reflexión sobre la Historia parte en definitiva de una preocupación por comprender el mundo actual que se proyecta en el pasado y apunta hacia el futuro, y no un empeño de adecuar la vida a unos esquemas abstractos de la Historia, más o menos flexibles, encaminados a encajar dentro de sus moldes el desarrollo de las grandes etapas de la humanidad [18]. Pero es claro que, cuando el estudiante se enfrenta al mundo, se encuentra con un modelo conformado cuyos rasgos sociales le son enseñados como naturales. En esta situación, la ciencia histórica le ofrece la visión de que dichos hechos, derivados de meras convenciones sociales, son cambiantes lo cual no implica que haya que rechazarlos por principio, sino que deben ser analizados para su aceptación si de hecho se justifican.

Si el que busca en el pasado no tiene una determinada preocupación por el presente no encontrará nada en él que merezca la pena ser buscado. Como afirma Collingwood «el pasado que estudia el historiador no es un pasado muerto, sino un pasado que en cierto modo vive aún en el presente (...)». Por eso toda la Historia es la historia del pensamiento, de la reproducción en la mente del historiador del pensamiento cuya historia estudia» [19]. La Historia será pues un diálogo sin fin entre el presente y el pasado, pues hacer comprender la sociedad del pasado e incrementar su dominio de la sociedad del presente, es la doble función que ella realiza.

A fuer de que hoy exista una clara propensión a las interpretacio-

nes fáciles y a dar un sentido provisional a un conjunto de datos inconexos como corresponde a una cultura de masas, pues parte de la sociedad necesita imperiosamente una explicación racional del pasado (se está generando una abundante literatura histórica de consumo), sin embargo hemos de insistir de nuevo que toda exploración cognitiva parte por investigar el pasado desde el presente, así como ha de explicar el presente desde el pasado, potenciándose de forma explícita todos los componentes de conocimiento histórico. Por ello, en la configuración del conocimiento histórico, se ha de tener en cuenta una serie de postulados íntimamente relacionados con cuestiones epistemológicas de la ciencia histórica. Son:

1.º) Que la historia es el estudio del pasado y, consiguientemente, el conocimiento histórico es diferente al sociológico, ya que analiza no sólo engloba las características sociológicas del período, sino que también establece interrelaciones entre el pasado y el presente.

2.º) Que los contenidos históricos están sometidos a las influencias políticas e ideológicas dominantes, orientándolos a la conformación de una identidad nacional.

3.º) Que en Historia no hay hechos puros, sino que son seleccionados según los criterios de interpretación historiográfica mantenidos por el historiador. Como afirma E.H. Carr: «el historiador es necesariamente selectivo» [20].

4.º) Que la Historia es una actividad humana racional que implica el manejo de inferencias lógicas. En ningún momento puede ser reducida a un simple clasificar acontecimientos según un orden cronológico.

5.º) Que los componentes de los hechos históricos no pueden separarse físicamente, sino que por el contrario requiere efectuar una estrategia inferencial, dependiente de procesos conceptuales que nada tienen que ver con la realidad inmediata.

6.º) Que el conocimiento histórico no permite experimento alguno, pero en cuanto que es una ciencia, ¿está sometida a leyes?. Para J. Piaget, el historiador, aún cuando utiliza los recursos de las ciencias nomotéticas, no se plantea la finalidad de aislar de lo real las variables que convienen al establecimiento de leyes, sino que pretende aprehender cada proceso concreto en toda su complejidad y originalidad irreductible. En efecto, si en Historia no podemos demostrar experimentalmente la repetición de hechos o sucesos, sin embargo se ha de reconocer que existen regularidades y modelos históricos generales que se pueden aplicar en momentos cronológicos distintos.

7.º) Que la Historia «relato», que hoy día se está revitalizando, es un discurso que reproduce una secuencia de acontecimientos a los que supone relacionados bajo la forma de causa-efecto, y siempre ordenados en sucesión temporal. Es pues de gran trascendencia la forma con que se realiza una narración, sobre todo para poder entender los hechos históricos, ya que si la ciencia histórica hiciera dejación de la capacidad básica que posee para indagar en los acontecimientos históricos, y de las operaciones cognitivas que la comprensión narrativa dispone, perdería su carácter peculiar dentro de las ciencias sociales.

8.º) Que la ciencia histórica usa no sólo explicaciones causales sino también intencionales pues, a diferencia de las que ofrecen las ciencias naturales o experimentales, engloban las intenciones de sus agentes. En efecto, alguna circunstancia histórica coyuntural puede volver a repetirse en otro momento determinado, pero lo que ya parece improbable es que ello suceda en el plano de las intenciones de los agentes históricos particulares, lo que se hemos de tener muy presente a la hora de formular explicaciones de los fenómenos históricos [21].

4. *El carácter educativo de la historia: la formación integral de la persona*

Frente a las consideraciones demoledoras de Nietzsche en su estudio sobre *De la utilidad y desventaja de la Historia para la vida* (1873), donde se aparta de la manera de entender y de reconstruir el pasado que se venía practicando en la segunda mitad del siglo XIX, la Historia hoy se encuentra ante retos exaltantes, sin duda, porque siempre ha defendido en su ser respuestas rigurosas y seguras, y si ellas son inadecuadas obedecen sólo al peso de nuestra reflexión, de nuestro trabajo o de nuestras experiencias vividas, ya que el objeto de la Historia se sitúa en el corazón de la vida y se nos presenta como un espectáculo fugaz formado por la trama de problemas intrincadamente mezclados y que pueden revestir multitud de aspectos diversos y contradictorios [22]. No hay, pues, una historia unilateral, sino que es mucho más compleja como la propia persona humana; ésta constituye para aquella una abstracción, pues no es que solamente, como dice Treitschke «los hombres hagan la historia» [23], sino que la historia también hace a los hombres y modela su destino.

Dilucidar el papel educativo de la Historia es, sin duda, una cuestión difícil, sujeta a opiniones diversas poco susceptibles de facilitar puntos de acuerdo. Desgraciadamente la historiografía académica adolece de un importante déficit de reflexión sobre este aspecto, remitién-

donos la mayor parte de ella al componente epistemológico como materia escolar. Inciden en ello tangencialmente las aportaciones de Fontana, Lozano, Wilkins y Valdeón [24]. Por tanto, la primera cuestión que los docentes hemos de afrontar ha de ser establecer los criterios generales que proporcionan un marco de referencia respecto al carácter integrador de la Historia en el proceso formativo de la persona. En esta situación, una serie de interrogantes se nos ofrecen al respecto: ¿existen razones de peso que justifiquen la enseñanza de la Historia?, ¿tienen los adolescentes de hoy necesidades formativas a las que la educación histórica pueda dar satisfacción adecuada?. Las respuestas hasta hace poco tiempo sólo ofrecían lecturas de índole retórica («enriquecimiento cultural» para unos, «razones de patriotismo» para otros) pues el profesor, ante el binomio asignatura-alumnos prestaba mayor atención al primer componente: enseñar Historia; su utilidad formativa o el interés que los alumnos pudieran mostrar hacia ella quedaba en precario. Hoy día esta situación ha experimentado cambios sustanciales (institucionales, como la generalización de la enseñanza obligatoria, o programáticos como la progresiva integración de la Historia en las ciencias sociales) que consecuentemente han posibilitado cuestionar el papel que la Historia venía ejerciendo como materia aislada, en los antiguos planes de estudio, sin menoscabo alguno de su propia naturaleza científica.

Parece, pues, necesario considerar las razones que justifican la enseñanza de la Historia a todos los adolescentes, y ello no por motivos de defensa corporativa de la Historia, sino porque sólo así se podrán establecer unas metas educativas en la enseñanza de la Historia adecuadas a las necesidades e intereses formativos de los alumnos, con criterios orientativos claros para la configuración de programas y la selección de objetivos de aprendizaje concretos.

El carácter formativo de la Historia lo formulamos en términos de capacidades y no como comportamientos concretos evaluables. Si se coteja la estructura de los ejes del área y su articulación con los bloques de contenidos en el Diseño Curricular Base del M.E.C para la Educación Secundaria Obligatoria, se resaltan como aspiraciones esenciales a inculcar en los adolescentes, la tolerancia, solidaridad y responsabilidad en la conservación del medio ambiente, su valoración como hecho cultural, y un sentido crítico y de participación en los asuntos colectivos. Desde una perspectiva genérica dichas aspiraciones inciden indistintamente en el ámbito cognitivo, afectivo, de relación interpersonal y de actuación e inserción social del alumno. Pero además, en cualquiera de los casos, se le pretende proporcionar directrices educativas más orientadoras y cercanas a la vida real.

4.1. *Ambito cognitivo*

La argumentación teórica de justificar la enseñanza de la historia afirmando que su *conocimiento es necesario al alumno para comprender el mundo presente*, conocer sus claves y poder actuar en consecuencia, se ha convertido en un tópico, pero como tal, puede bastar simplemente para justificar su enseñanza y figurar como objetivo prioritario en esa declaración de buenas intenciones que suponen las primeras páginas de toda programación o planificación educativa (es bien cierto que, hoy día, la Historia ya no es para muchos jóvenes curiosidad o nostalgia del pasado, sino deseo de un conocimiento explicativo útil para comprender el presente). Pero, decir simplemente que la Historia ayuda al alumno a comprender mejor su presente sin otras implicaciones disciplinares y sin una selección y priorización de los contenidos y actividades es un argumento que sirve de bien poco como meta educativa, toda vez que limita y empobrece las posibilidades formativas de la historia. Por ello se hace necesario al respecto matizar mucho más esta afirmación.

La acción educativa que se asigna a la Historia y la necesidad de una educación histórica está estrechamente vinculada al problema de la generalización. En efecto, por el conducto de la generalización tratamos de aprender de la Historia y de aplicar la lección deducida de un conjunto a otro conjunto de acontecimientos; pero las lecciones continuas de la Historia vienen subrayadas por multitud de hechos observables, y no de exigencias más corrientes que ésta, pues es intrínseco a la enseñanza histórica estimular una más profunda *comprensión tanto del pasado como del presente*, para así poder establecer una comparación recíproca. «La Historia que leemos —dice Barraclough— aunque basada en los hechos, no es, en puridad, en absoluto fáctica, sino más bien una serie de juicios emitidos»(25). En la misma línea el prof. Lee afirma que: «puesto que la Historia es simplemente la investigación racional del pasado y puesto que no podemos escapar del pasado, debemos ambicionar el mejor conocimiento que sobre éste sea posible obtener (...). Si nuestro conocimiento del mundo actual es instantáneo y no conlleva alguna concepción substantiva del pasado, ser históricamente ignorante, es simplemente ser ignorante» [26]. Pero conocer el pasado supone dedicarse a definir los factores sociales, sus interacciones, sus relaciones de fuerza, y descubrir los impulsos que dictaron sus actos. Todo detalle del pasado es imprescindible para el existir del presente. Ninguno de los momentos por los que atraviesa es mejor ni peor que cualquier otro; en cada uno de ellos los hombres se enfrentaron a una situación única que dio origen a un problema único o al eterno problema de una forma única; cada período con el que nos familiarizamos aparece como algo luminoso, inteligentemente racional

y por tanto admirable;le condicionaron unos problemas y dispuso de unos medios adecuados para afrontarlos y darles mejor solución.

La Historia despierta, pues, en el hombre el *sentido de lo posible*, antes que el sentido de lo probable y le facilita elegir entre las alternativas racionales de su tiempo. La Historia no puede ofrecer ninguna ley fija, ni postulado, ni solución inevitable que sirva de base para resolver entre dichas alternativas. Y es que los acontecimientos históricos no pueden explicarse en función de una causalidad simple, es decir de una relación de causa y efecto único, sino que, el estudio de lo pasado nos revela un patrón dominante de causalidad múltiple.

Por otra parte,al afirmar que la Historia proporciona al alumno un mejor *conocimiento de la realidad* en que vive debemos distinguir los componentes esenciales de esa realidad,los rasgos y problemas fundamentales de nuestro mundo internacional contemporáneo y los rasgos esenciales de la trayectoria histórica de su comunidad nacional. Quizá uno de los valores esenciales de la historia sea su carácter de realidad que perteneciendo ya al pasado, nos rodea aún con su presencia y no pocas veces influye en nuestra vida. «La figura fundamental del acontecimiento histórico, abstracción hecha de todo vínculo con un orden superior, consiste en que una generación haga suya la situación en que se encuentra, bien sea por que se adapte a ella para perdurar, bien porque la domine y la transforme, bien porque la convierta en trampolín para saltar más allá. Una situación conceptual y abstracta es un escenario rodeado de bastidores; sólo al asumirla se convierte en mi situación. En este sentido la Historia consta de momentos presentes que se forman sucesivamente como materia prima del futuro» [27]. Si sólo redujésemos la Historia a unos cuantos sucesos, esta supervivencia sería más difícil captar, pero puesto que la Historia trata también de momentos en los modos de vivir, de pensar y trabajar, de formas de espiritualidad etc, es decir, de todo cuanto forma el tejido de la vida humana, es preciso reconocer que tales realidades sobreviven en general a sus creadores y que, más o menos transformadas, siguen viviendo incluso en las cosas que las han sustituido. Es así, cómo el estudio de la Historia sirve al individuo para situarse conscientemente en las coordenadas espacio-temporales, para poder conocer de manera crítica su herencia personal y colectiva y para poder también comprender las actitudes y valores de su comunidad. Pero una comprensión de este presente histórico nacional o internacional no podrá en modo alguno lograrse mientras no relativicemos y descentremos la visión que actualmente se mantiene en la enseñanza histórica, pues con estudiar sólo nuestros antecedentes históricos no son suficientes; hemos de introducirles en el conocimiento de otras sociedades muy diferentes

para proporcionarles una perspectiva más rica y contrastada del mundo en que vive.

Otro aspecto del carácter formativo de la Historia en este ámbito es el papel educador que posee para adquirir *ciertas habilidades cognitivas* (análisis, inferencia, interpretación crítica, síntesis, juicio evaluativo etc.) en el manejo de las fuentes informativas y desarrollar actitudes intelectuales y socialmente tolerantes. El primer aspecto es uno de los objetivos educativos de la enseñanza histórica que hoy día se está consolidando en todo diseño curricular, pues está vinculado estrechamente con el desarrollo creciente de la comunicación y de nuestras sociedades democráticas. Si bien es claro que otras muchas disciplinas pueden contribuir a este fin, lo cierto es que la Historia está particularmente más pertrechada, ya que el conocimiento histórico tiene su fundamento en el tratamiento de las fuentes de información. Por tanto, enseñar los métodos de investigación histórica equivale a enseñar el manejo de la información, a distinguir críticamente entre dato objetivo, juicio de valor, opinión y prejuicio, a extraer nuevas informaciones por deducción, a sintetizar los datos recogidos y a emitir juicios ponderados sobre cuestiones discutibles.

4.2. *Dimensión humana y social*

El carácter formativo de la enseñanza de la Historia en este ámbito se manifiesta en que se constituye como medio útil para que los adolescentes se formen en una serie de valores humanos y sociales importantes en la conformación de futuros ciudadanos. En efecto, la Historia permite enriquecer el *conocimiento y comprensión de la naturaleza social e individual del ser humano*. Ni que decir tiene que existen otras materias del Plan de Estudios que se adecuan a este fin, pero la Historia es la que proporciona una perspectiva más global y rica en matices. En cuanto que analiza la experiencia social y colectiva a través del tiempo, su estudio debería servir mejor para entender las fuerzas generadoras de los procesos de cambio y evolución en las sociedades humanas. Es vital en la formación del adolescente que adquiera experiencia en el tratamiento de los complejos procesos sociales y humanos en general, y que entienda también que las distintas sociedades no son producto de cálculos racionales sino resultado de procesos históricos. Como dice D. Shemilt: « Es importante que los alumnos puedan confrontar ejemplos de regresión y de progreso en los asuntos humanos y comprender cómo y por qué las cosas han cambiado tan a menudo a menos » [28]. Es necesario que se enfrente con la «tragedia de buenas intenciones» y se den cuenta que muchos de los problemas que hoy nos acosan no provienen de la avaricia, la estupidez o la depravación de nuestros predecesores, sino de intentos visionarios y heroicos de

hacer las cosas bien. Si la clase de Historia no aporta al alumno una aproximación al intrincado complejo de circunstancias (estructurales y coyunturales), intereses y posiciones ideológicas de los grupos, acciones individuales que intervienen en todo proceso de cambio social, habría que cuestionarse el valor formativo de la enseñanza histórica.

Ya en los niveles superiores del BUP, con una cierta formación histórica, existen adolescentes capaces de ir más allá de la mera descripción de los fenómenos sociales que le rodean y comienzan a proponer tentativas de *explicación causal de otros hechos*, elaborando un primer esbozo de hipótesis que incide en la comprensión de las relaciones causales y en la importancia de las distintas variables que interactúan en un proceso social. Igualmente observamos una nueva actitud plenamente comprensiva, solidaria y tolerante hacia la diversidad (opiniones, formas de vida, creencias etc) de sociedades y culturas distintas, superando así su dimensión egocéntrica. Es evidente que la Historia les ha influenciado fuertemente, pues al analizar aspectos del pasado en los que intervienen personas distintas cuyas perspectivas sobre un mismo tema suelen diferir, el alumno debe entender los distintos puntos de vista que confluyen en el momento dado para comprender los procesos sociales. A partir de entonces, estará en disposición de enfrentarse a los problemas sociales pasados y presentes y de reflexionar acerca de la confrontación de fuerzas y pareceres que se producen.

Por último también la Historia enseña que no solamente debemos evaluar la personalidad de un pueblo sólo por las manifestaciones de fuerza y valor, sino tomando en cuenta por igual las muestras de ingenio y los frutos de su espíritu. Consecuentemente, el precio de la felicidad, de la grandeza y del poder no ha sido siempre el mismo en todos los ámbitos de las civilizaciones históricas, sino que, en última instancia, lo que hace volver los ojos para contemplarlas no son tanto los triunfos del bienestar material y de la fuerza, cuanto más los de la inteligencia y del espíritu humano.

4.3. *Desarrollo de las facultades mentales y de la relación interpersonal*

La ciencia histórica posee profundidad y latitud y ofrece la posibilidad de vivir con grandeza, ya que posibilita el conocimiento de la mentalidad y el carácter de los personajes insignes del pasado y nos pone en un contacto con ellos más íntimo que el alcanzable en nuestro tiempo con las personas de nuestra propia sociedad. Pero además de ello, como ya he dicho anteriormente, nos dota de una serie de actitudes y habilidades tendentes a activar el interés y curiosidad por el conocimiento histórico, a desarrollar el pensamiento creativo, la comprensión conceptual y la habilidad intelectual por resolver problemas.

Por ello, la Historia es una vía muy válida para *desarrollar la imaginación*, pues nos arroja luz sobre los datos más impersonales y monótonos, sobre las decisiones de todos aquellos agentes históricos que es-tuvieron cargados de incertidumbres, y nos aporta la esperanza y el valor suficiente para desvelar las propias decisiones. Pero, ni que decir tiene, que somos conscientes de la dificultad que entraña llevar a su realización experimentos retrospectivos de comprobación histórica, toda vez que, aunque se pudieran dirigir dichos métodos, nos seguiría acuciando el problema del saber histórico y nos veríamos atenazados por la evidencia de los testimonios escritos [29].

La Historia sirve igualmente para *estimular la memoria* del individuo, toda vez que amplía sus horizontes intelectuales, da hondura a su comprensión, les inculca preceptos morales, les recuerda que el tiempo es inconmensurable y que su propia vida es transitoria (cada una de las generaciones pasadas se considera a sí misma como el fin y propósito único de la Historia), y que todos los problemas y asuntos que en un momento dado les oscurecen el horizonte ni siquiera podrán distinguirse después en el otro horizonte más grande de la Historia. Precisamente porque la Historia amplía su perspectiva y contrarresta su provincialismo innato espacio-temporal que se manifiesta en sus actitudes sociales, políticas y morales ante los problemas reales de la propia existencia, por ello también nutre y *estimula la facultad reflexiva*; nunca se ve más ocupada ésta que cuando se dedica a descubrir la causalidad de la ciencia histórica. En efecto, son muchos, hoy día los estudiantes que ya no les satisface al estudiar la materia comprobar el simple relato de los acontecimientos acaecidos, sino que busca justificaciones de por qué sucedió así. Como dijo Bolingbroke: «la Historia es una filosofía que enseña por ejemplos» [30].

Pero si la capacidad para tratar la información es una meta educativa en la enseñanza histórica, también la *formación en la libertad y en la adquisición de actitudes de tolerancia* tanto social como cultural, dentro del ámbito de la relación interpersonal no lo es menos. En efecto, su experiencia directa suele ser muy limitada, y la que puede adquirir a través de los medios de comunicación se presenta en la mayoría de los casos, muy mediatizada, cuando no manipulada. La ciencia histórica puede contribuir de manera directa en la consecución de dicho cometido, pues ofrece al alumno una gran variedad de experiencias individuales que enriquecen su limitada experiencia personal, habida cuenta de la necesidad objetiva que siente el adolescente de modelos y ejemplos de actuación humana en el desarrollo de su propia personalidad. Así, el estudio de épocas históricas pasadas nos brinda la oportunidad de considerar las formas de vida, creencias, hábitos y actitudes colectivas de una sociedad muy distinta a la suya; pero igual-

mente para explicar dicho período le compromete a un esfuerzo de comprensión por considerar los hechos no con presentismo histórico, sino a raíz de las informaciones documentales; a ser tolerantes con quienes luchan por intereses contrarios a los nuestros y por ideas que a veces nos parecen abominables, instruyéndonos en la necesidad que tenemos de libertad (para investigar, para aceptar o disentir de la heterodoxia), pues nos muestra con toda claridad que el único camino para evitar el error ha sido el de la libertad, y que el hombre no está sujeto a leyes férreas ni es víctima de la suerte ni del acaso, que no ha de seguir un cauce determinado, ni ha de resignarse a la idea del viento voluble de la historia, ya que ésta nos demuestra que si los hombres no son los arquitectos de su destino, tampoco son sus víctimas [31]. Pocas disciplinas como la Historia pueden ofrecernos, sobre hechos pasados, interpretaciones semejantes o dispares racionalmente defendibles. Se trata, pues, de una materia especialmente indicada para enseñar que el conocimiento científico es antidogmático, provisional y discutible sin dejar por ello de ser riguroso. Así se combate la actitud, inherente a la naturaleza humana, de incompreensión hacia creencias y formas de vida ajenas y que con frecuencia se tornan en paternalismos trasnochados y despreciativos ante sociedades tecnológicamente menos avanzadas.

La estrategia de actuación en este punto consiste en el manejo práctico de las fuentes (por medio de investigaciones primarias sobre aspectos de un conjunto temático, o bien sobre una selección documental realizada por el profesor), o ponerle frente a distintas interpretaciones históricas sobre un mismo acontecimiento del pasado, y así incitarle al esfuerzo de comprender la «lógica humana» de aquellas creencias y actitudes del pasado, bien distintas a la «lógica individual». Sin embargo, iniciar al alumno en la comprensión de los complejos procesos del cambio social, y enriquecer su experiencia personal mediante el conocimiento de casos individuales es algo que inicialmente se halla reñido con las programaciones enciclopédicas y a su vez superficiales, vigentes hoy día en los Planes de Estudios, pero es un reto que los profesionales hemos de afrontar trabajando en la elaboración de una ciencia que le sirva como instrumento de comprensión y de crítica [32].

4.4. *Fomento del espíritu crítico y participativo*

Hoy por hoy, en el marco de una auténtica revolución metodológica, que trata de aproximar el saber científico con las vivencias experimentales, el papel de la Historia y del profesor ha pasado de ser una materia y un intelectual no comprometido, a ser una *ciencia de compromiso* y a *desarrollar una actitud crítica*, convirtiéndose en vehículo

que enseña las formas sobre las que cabe esperar la convivencia y el entendimiento mutuo entre los hombres, rompiendo a tal fin los hilos secuenciales del tiempo para enlazar con las experiencias del pasado, con las actuaciones del presente y se preocupa por la configuración del futuro [33]. Por ello, la Historia entendemos no debe estudiarse desde el pasado sino simultáneamente desde el presente y el pasado, a tenor de los intereses manifiestos de los alumnos, respondiendo así a una concepción significativamente diferente de la visión tradicional. En efecto, el nuevo discurso histórico intenta preparar a los adolescentes para la vida y dotarles de unos instrumentos y conocimientos indispensables para autovalerse o bien desarrollar sus capacidades y ayudarles a descubrir sus aptitudes y habilidades para interpretar la realidad en tanto que es resultado de un proceso histórico.

Situados pues en condiciones de historicidad, se necesita conocer el discurso histórico de la generación precedente, para adoptar una actitud crítica ante él, y dominar una metodología de investigación que nos permita reformarlo, pues de lo contrario no se avanzaría más allá del nivel explicativo o repetitivo del conocimiento histórico. En este sentido la Historia es maestra y educadora, no considerándose como un fin en sí misma, sino como pretexto para fomentar aprendizajes espontáneos y significativos que posibiliten indagar en el pasado y comprometan en la realidad presente, dejando pues de ser proceso continuo que une diversas etapas para convertirse en una dinámica social que cambia las estructuras de esta sociedad en núcleos temporales de mayor creatividad o gravedad.

En esta situación, el discurso histórico no es más que un mensaje que recibimos todos y nos sirve para *reflexionar sobre nuestros destinos colectivos y para tomar decisiones al participar en ellos*; nos ayuda a no desorbitar el presente de cada día o dejarnos devorar por él, porque nos da una idea del equilibrio en el tiempo, de la justa medida de las cosas; nos hace valorar la larga marcha de la humanidad, y nos impele a no evadir responsabilidades en la situación histórica que vivimos, sino a enfrentarnos a ella libres de prejuicios, con la lucidez que da saber de donde venimos y a donde queremos ir. «La Historia sirve para que los hombres se conozcan a sí mismos (...). Conocerse a sí mismo no significa conocer sólo sus peculiaridades personales, esto es, aquello que lo diferencia de otros hombres (...). Significa en primer término, conocer qué es ser hombre; en segundo lugar, conocer lo que supone ser el tipo de hombre que se es; y por último, qué presupone ser el hombre que uno es y no otro (...). Significa, pues, lo que se puede hacer (...). La utilidad de la Historia radica en esto: que nos enseñe lo que el hombre ha hecho y, en ese sentido, lo que el hombre es y puede hacer» [34].

4.5. *Desarrollo de la responsabilidad y compromiso ante su entorno geohistórico habitual*

Otro gran valor del carácter formativo de la Historia corresponde a la facultad que posee de despertar en el individuo la *responsabilidad de respeto, valoración y compromiso en la defensa del patrimonio geohistórico*. Si es evidente que las facultades mentales se desarrollan a través del aprendizaje y las decisiones de conocimiento están fundamentadas en valores, es necesario establecer una fluida comunicación dialéctica entre el proceso de enseñanza-aprendizaje y las variables paradigmáticas del entorno en sus coordenadas espacio-temporales [35]. Identificar, conocer, comprender, relacionar, explicar y valorar la multiplicidad de los elementos del entorno ayuda a generar un auténtico mosaico de contenidos de aprendizaje, al mismo tiempo que le incardina al medio socio-cultural como ciudadano responsable. En efecto, es a través de estas vivencias donde obtiene y desarrolla una serie de capacidades para conocer y valorar críticamente el conjunto de comportamientos colectivos y saberes organizados; es a través del entorno como puede fomentarse una actitud social de responsabilidad, crítica y de compromiso en poder modificar la realidad de su entorno habitacional. Esta dimensión de la responsabilidad y compromiso ante el entorno socio-cultural es un reto que hemos de asumir todos los historiadores a tenor del reconocido carácter formativo asignado a nuestra área de conocimiento en la nueva Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo.

Es, en este ámbito de conocimientos, donde la Historia puede *proporcionar los recursos conceptuales y los instrumentos de reflexión crítica* que permitan al individuo abordar de forma rigurosa y sistemática el análisis temporal y espacial de los rasgos económicos, socio-políticos y culturales que identifican a su comunidad con el conjunto de pueblos y culturas nacionales, toda vez que el concepto de sucesión, cambio y continuidad implícitos en el tiempo histórico, comportan una indudable complejidad y un elevado nivel de abstracción, y la Historia facilita determinadas construcciones científicas o esquemas formales que permite abordar el conocimiento de la realidad socio-cultural, superando así esquemas propios del pensamiento concreto [36].

No es infrecuente observar, al paso por cualquier itinerario rural o urbano, edificios o trazados urbanísticos vestigios de un pasado histórico; como tampoco es extraño advertir que muchos conjuntos urbanos histórico-artísticos han sido considerados como ruinas despreciables que entorpecen el progreso. Los resultados a esta actitud han sido bien conocidos. La acción educativa que se asigna a la Historia se asienta

en el deseo institucional de *integrar al ciudadano en su entorno geohistórico habitual*, ofreciéndosele la posibilidad de servir de manera clara a enmendar esta actitud colectiva, pues intrínsecamente le incita a que aprecie y disfrute de los vestigios del pasado y a que profundice en su conocimiento, ya que ha de verlos como restos de nuestros antepasados esclarecedores de una vida cotidiana y de unos anhelos y frustraciones.

Hoy día, esta meta educativa va adquiriendo denodada resonancia, toda vez que se va evolucionando en el mundo actual hacia unas formas de vida en que el tiempo libre se incrementa de manera constante, donde los horarios reducidos, las vacaciones prolongadas y las jubilaciones anticipadas aseguran muchas horas de ocio forzoso. En esta situación, sería inadmisibile que, frente a los requerimientos de una sociedad tecnificada e informatizada, subsista la necesidad de dotar a sus individuos de una sensibilidad histórico-social que dé cumplida respuesta a los múltiples problemas e inquietantes perspectivas de futuro que nos ofrece el mundo de hoy.

5. Conclusiones

La pertinencia de los estudios históricos se justifica por la propia definición de la historicidad como consubstancial al hombre. En efecto, si lo histórico es lo esencialmente humano, estará justificada sin más una disciplina científica que estudia la actuación del hombre en sociedad a través del tiempo. Pero no es menos cierto que hoy día la Historia está siendo relegada socialmente, bajo la mirada pasiva e incluso colaboracionista de algunos de sus profesionales, a una mera función cultural decorativa, o a un trabajo menor en el que no se reflejan las inquietudes del momento.

Sin embargo, la ciencia histórica en cuanto que es la auténtica crónica del hombre en sociedad, tiene la obligación de ser fiel a su sentido de cambio y conformarse como una ciencia subversiva, agente de las transformaciones positivas; de adoptar la forma de una ciencia propagandística orientada a suscitar reacciones políticas; de ser arma científica del progreso, de las aspiraciones de las mayorías y de las desigualdades de los pueblos. Aceptar este modelo de discurso histórico requiere una determinada disposición intelectual que conduce a un esfuerzo personal ingrato, y en muchas ocasiones nada reconocido, pero la no aceptación del mismo lo situaremos en el campo del entretenimiento y de lo anecdótico; haremos de él una historia caricaturesca. »Lo que obligó a la historia a redefinirse —dice Le Goff y Nora— es, ante todo, la toma de conciencia por parte de los historiadores del relativis-

mo de su ciencia...Tiene que abandonar el impresionismo por el rigor científico y reconstruir partiendo de los datos innumerables y cuantificables de la documentación...El campo que ocupa en solitario de explicación de las sociedades por el tiempo, se ve invadido por otras ciencias cuya frontera están mal definidas, y que pueden absorberla o disolverla» [37].

Nosotros historiadores, conocedores de los movimientos políticos, de las aspiraciones sociales y de las mutaciones económicas; que conocemos mejor que otros científicos la evolución del pensamiento y de las esperanzas humanas a través del tiempo, estamos en disposición de reivindicar con tenacidad la verdadera función de la Historia, tal es: *aportar soluciones e intervenir en el presente para hacerlo más favorable y positivo para todos.*

Hemos de ofertar un modelo que preste atención a los nuevos intereses de los ciudadanos y que les ayude a adquirir un conocimiento racional y crítico del mundo en que vive; y para que su enseñanza sea más significativa y formativa tenemos que hacer aún más perceptibles las diferentes líneas evolutivas del pasado en correspondencia con unas previsiones que las legitimaba. De esta manera el nuevo modelo de la ciencia histórica se constituirá en:

- La base que capacita para el trabajo y la investigación histórica de forma metódica, mediante la adquisición de nuevas técnicas.
- La base para la comprensión de las razones que inciden en el mundo del comportamiento y de la respuesta, en las relaciones intersociales y poder ser transportados al mundo real del presente y del futuro.
- La ciencia troncal formadora de personas de espíritu universalista, desprendidos de una visión reduccionista que desfigura los hechos de la aportación de las diversas culturas infravalorándolos en el contexto de la herencia universal de la humanidad.
- La materia que proporciona términos de comparación próximos y adecuados para valorar las realizaciones de hoy, analizando los diferentes posicionamientos y justificaciones de las distintas tendencias al amparo de la diversidad de testimonios.

Pero aún así, si este modelo no acierta en la comprensión de los rasgos fundamentales de nuestro tiempo, ni proporciona los conocimientos adecuados para explicar reflexivamente las cosas de nuestro entorno inmediato, si no posibilita la adquisición de valores sociales y

culturales de compromiso que sirvan para recomponer en su totalidad el tejido de relaciones en que los hombres viven y actúan, si no suscita una sensibilidad histórico-social que genere estrategias de investigación que den cumplida respuesta a los múltiples problemas que nos ofrece el mundo de hoy, ciertamente habremos fracasado y nuestra obligación consiste en tratar de descubrir los fallos y rehacer el edificio entero para ofrecer una nueva posibilidad de esperanza.

Lo que nosotros deseamos con esta ponencia es que podamos contribuir a ensanchar la achatada visión que hoy día se posee de la ciencia histórica; despertar entre los estudiantes la conciencia viva del valor, trascendencia y poder dinámico que la historia posee como materia de estudio; que aprecien la perpetuidad del cambio y la complejidad de la tarea del historiador y el valor o los servicios que puede ofrecer la Historia, a pesar de las limitaciones inherentes y de la deuda que los historiadores modernos tienen para quienes les precedieron. Crane Brinton decía que: «todas las personas normales(...) experimentan cierto deseo de situarse a sí mismas dentro de un sistema(...) o proceso capaz de trascender por lo menos esa relación primaria entre el individuo y su medio ambiente» [38]. Estamos seguros que la juventud siente ese deseo hasta el punto que sus vidas alcancen a ser algo más que un momento efímero del tiempo. Los profesores, que hemos comprendido mejor el activo y pasivo de la Historia, debemos adoptar una actitud menos dogmática y capacitar a nuestros alumnos a que en Historia, como afirma el profesor J. Mueller, «es imposible llegar al último análisis» [39].

NOTAS

- [1] COMMAGER, S. (1967) *La Historia. Su naturaleza. Sugerencias didácticas*, pp. 127 y ss. (Méjico, Uteha).
- [2] FINLEY, M. I. (1979) *Uso y abuso de la Historia*, pg. 14 y ss. (Barcelona, Crítica).
- [3] SUAREZ FERNANDEZ, L. (1976) La exposición en el campo de la Historia. Nuevos temas, nuevas técnicas, en CARRERAS, J. et al. *Once ensayos sobre la Historia*. (Madrid, Rioduero).
- [4] VILAR, P. (1980) *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, pp. 20 y ss. (Barcelona, Crítica).
- [5] STUART HUGHES, S. (1967) *La Historia como arte y como ciencia*, p. 11 (Madrid, Aguilar).
- [6] LOWITH, K. (1973) *El sentido de la Historia*, p. 32 (Madrid, Aguilar).
- [7] NISBET, J.; SHUCKSMITH, J. (1986) *Estrategias de aprendizaje*, p. 29 (Madrid, Santillana).
- [8] VEYNE, P. (1972) *Cómo se escribe la Historia: ensayo de epistemología*, p. 43 (Madrid, Fragua).

- [9] LEE, P. J. (1978) Explanation and understanding in History. En *History Teaching and Historical Understanding*, p. 38 (Londres, Oxford University Press).
- [10] HUIZINGA, J. (1934) Desarrollo de la ciencia histórica desde el comienzo del siglo XIX», p. 226, *Revista de Occidente*, CXXXV.
- [11] FONTANA, J. (1973) *La Historia*, p. 140 (Barcelona, Crítica).
- [12] ACTON, R. (1906) *Lectures on Modern History*, p. 33 (Londres, Oxford University Press).
- [13] ACTON, R. (1906) *op. cit.*, p. 38.
- [14] KAHLER, E. (1967) *¿Qué es la Historia?*, pp. 25 y ss. (Méjico, F.C.E.).
- [15] RODRIGUEZ, A. (1985) Para entender el presente, p. 151, *Actas I Coloquio de Didáctica de Geografía e Historia* (Cáceres, Diputación Provincial).
- [16] CARR, E. H. (1991) *¿Qué es la Historia?*, p. 107 (Barcelona, Ariel).
- [17] JIMENEZ, J. A. Didáctica de las Ciencias Sociales, Vol. 25 en GARCIA HOZ, V. (coord.) *Tratado de Educación Personalizada* (Madrid, Rialp).
- [18] REGLA, J. (1979) *Introducción a la Historia*. (Barcelona, Teide).
- [19] COLLINWOOD, R. G. (1984) *La idea de la Historia*, p. 19 (Méjico, F.C.E.).
- [20] CARR, E. H. (1991) *op. cit.*, p. 10.
- [21] CARRETRO, M. (1993) Una perspectiva cognitiva, p. 10, *Cuadernos de Pedagogía*: 213, abril.
- [22] LOWITH, K. (1973) *op. cit.*, p. 49 y ss.
- [23] BRAUDEL, F. (1990) *La Historia y las Ciencias Sociales*, p. 26 (Madrid, Alianza Editorial).
- [24] FONTANA, J. (1982) *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* (Barcelona, Crítica).
- LOZANO, J. (1987) *El discurso histórico* (Madrid, Alianza Universidad).
- VALDEON, J. (1988) *En defensa de la Historia* (Valladolid, Ambito).
- WILKINS, B. (1983) *¿Tiene la Historia algún sentido?* (Méjico, F.C.E.).
- [25] BARRACLOUGH, G. (1981) Historia, pp. 297 y ss., *Corrientes de la investigación en las Ciencias Sociales*, II (Madrid, Tecnos).
- [26] LEE, T. R. (1976) *Psychology and the environment*, p. 35 (Londres, Herriot).
- [27] FREYER, H. (1958) *Teoría de la Epoca Actual*, p. 225 (Méjico, F.C.E.).
- [28] SHEMILT, D. (1980) *History 13-16. Evaluation Study*, p. 17. (Edimburgo, Schools Council History 13-16 Project. Holmes McDougall).
- [29] Véase la formulación conceptual que sobre este punto efectúa STUART HUGHES, H. (1967) *op. cit.*, pp. 16 y ss.
- [30] COMMAGER, S. (1967) *op. cit.*, p. 108.
- [31] CROCE, B. (1968) *La Historia como hazaña de la libertad* (Méjico, F.C.E.).
- [32] MANNHEIM, K. (1958) *Ideología y Utopía* (Madrid, Aguilar).
- [33] LE GOFF, J.; NORA, P. (1973) *Hacer la Historia* (Barcelona, Laia).

- [34] COLLINGWOOD, R. (1984) *op. cit.*, p.95.
- [35] LUC, J. N. (1981) *La enseñanza de la Historia a través del medio* (Madrid, Cincel Kapelusz).
- [36] JIMENEZ, J. A. (1988) *Illora y su entorno* (Granada, Diputación Provincial).
- JIMENEZ, J. A. (1989) *Estudio interdisciplinar de una barriada granadina* (Granada, Agencia del Medio Ambiente).
- JIMENEZ, J. A. (1989) Estudio interdisciplinar del entorno. Modelo de aplicación metodológica, *Actas IX Coloquios Metodológico-Didácticos* (Jaén, Hespérides).
- [37] LE GOFF, J.; NORA, P. (1973) *op. cit.*, III, p. 43.
- [38] BRINTON, C. (1953) *The Shaping of the Modern Mind*, p. 11 (Nueva York, Academic Press).
- [39] MUESSING, R.; ROGERS, V. (1967) Sugestiones didácticas para los maestros, p. 267. en COMMAGER, S. *La Historia. Su naturaleza. Sugerencias didácticas* (Méjico, Uthea).

Dirección del autor: José Antonio Jiménez López. c/ Tablas nº 10 Granada -18002

Fecha de recepción definitiva de la redacción del artículo: 10/IX/1994

SUMMARY: THE INTEGRAL SENSE OF HISTORY IN EDUCATION

The constant accusations about the «misery of historicism», although they are founded, they do not question the core of the historical science itself, but the way it is conceived, a weak methodology, a way of teaching which never stimulates pupils' curiosity or imagination. If history is reduced to an ordinary and repetitive discourse without internal criticism whatsoever, as some professionals are doing nowadays, there is no doubt we are in a certain way betraying its educational prospects. We are obliged to legitimate the historical science and account for its educational character, as well as to adapt it as a scientific weapon of progress and a valid instrument of understanding and criticism. The acceptance of this model of historical discourse requires a specific intellectual attitude.

KEY WORDS: History teaching. Curriculum. Critical Education.